

**ESTRUCTURAS DE SIGNIFICACIÓN Y PROCESOS DE COMUNICACIÓN:
MODELOS DE INTEGRACIÓN TEÓRICO-METODOLÓGICA
DESDE UNA PERSPECTIVA SOCIOCULTURAL
RAÚL FUENTES NAVARRO ***

En el prefacio de *Nosotros y los otros*, Tzvetan Todorov narra cómo y por qué, «interesado por los problemas de la literatura y del lenguaje», se inició en las ciencias humanas y sociales, y cómo se alejó de ellas cuando se percató de que «nada de lo que lograba pensar sobre el lenguaje y la literatura guardaba relación alguna con mis convicciones o simpatías, tal como las experimentaba en las horas que no consagraba al trabajo» (1991, 11). Descubrió entonces su malestar con el «objetivismo» de esas ciencias, y más específicamente, el carácter «nefasto» de «la ruptura entre vivir y decir, entre hechos y valores» (1991, 12), por lo que pasó a la reflexión sobre la historia y al ensayo político y moral. De ahí su estudio sobre *La conquista de América* (1989) y su continuación en esa «Reflexión [francesa] sobre la diversidad humana», subtítulo de la obra antes citada, cuyo objeto son las «ideologías» y cuyo método, el «diálogo» con los pensadores franceses del pasado, según su propio autor.

Resulta interesante, aquí y ahora, el ejercicio del diálogo desde «diversas disciplinas humanísticas», quizá renovadas y purificadas de sus «desviaciones» científicas, nacionalistas y egocentristas, como quiere Todorov (1991, 442), quizás no tan «bien temperadas», alrededor de la relación entre *discurso y cultura*, como propone este congreso. El diálogo significa para Todorov «evitar los dos extremos que son el monólogo y la guerra», y también la oposición «al discurso de la seducción y de la sugestión» (1991, 17). El diálogo, entonces, como opción política y moral, como antídoto de la ruptura entre «vivir y decir, entre hechos y valores», quizás no implique necesariamente el

* Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, y Departamento de Estudios de la Comunicación Social, CUCSH, Universidad de Guadalajara.

abandono del cultivo de las ciencias humanas y sociales, sino sólo de una manera dogmática de practicarlas. Y para el caso de los estudios sobre la comunicación, obligados a dar cuenta, entre otros «objetos» de relevancia actual, del monólogo y la guerra, y de los discursos de la seducción y la sugestión, el diálogo es al mismo tiempo un recurso heurístico de referencia indispensable y un imperativo metodológico para la producción de sentido no sólo entre «nosotros», sino fundamentalmente frente y con los «otros». Para ello habrá que recurrir, además de las ricas tradiciones del pensamiento francés, a los aportes de la ciencia social anglosajona y, sobre todo, a los principios de integración de unas y otras en esta nuestra región iberoamericana del globo.

Discurso y cultura, mediaciones de la constitución social

Nuestros modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna, y de maneras importantes estamos pagando el castigo por el largo abuso de los procesos comunicativos fundamentales al servicio de la política, el comercio y la terapia.

James Carey, 1989, 34.

James Carey, reconocido como uno de los fundadores en Estados Unidos de los estudios culturales, distinguía ya en 1975 dos concepciones alternas de comunicación, ambas derivadas del pensamiento religioso, que él llamó la visión «transmisional» y la visión «ritual». La primera, más común en las culturas industrializadas, define la comunicación como sinónimo de «impartir», «emitir», «transmitir» o «dar información a otros», mientras que la segunda, ancestral, lo hace en términos de «compartir», «participación», «asociación», «camaradería» y «la posesión común de una fe» (Carey, 1989, 14, 18). El núcleo de la primera visión es la transmisión de señales o mensajes a distancia con propósitos de control (en su origen, religioso o teológico, y después económico y político) y está asociado al transporte, a la extensión de los mensajes en el espacio. Por su parte, la visión ritual se orienta hacia el mantenimiento de la sociedad en el tiempo. Su núcleo

está en la expresión o representación de creencias compartidas, en la «comunidad», en la cultura.

Carey recurre, para desarrollar su comprensión de la comunicación como cultura, a autores estadounidenses como John Dewey o Clifford Geertz, pero hace explícita su deuda intelectual con Raymond Williams, quien al fundar los estudios culturales británicos unos años antes, había reformulado la relación conceptual entre la comunicación y la educación con la cultura y la sociedad:

La comunicación comienza en la lucha por aprender y por describir. Para empezar este proceso en nuestras mentes y hacer pasar sus resultados a otros, dependemos de ciertos modelos de comunicación, ciertas reglas o convenciones a través de las cuales podemos establecer el contacto. Podemos cambiar estos modelos cuando se vuelven inadecuados o podemos modificarlos y extenderlos. Nuestros esfuerzos para hacer eso, y para usar los modelos existentes con éxito, se llevan una gran parte de nuestra energía vital [...] Más aún, muchos de nuestros modelos de comunicación se convierten, en sí, en instituciones sociales. Ciertas actitudes hacia otros, ciertas formas de expresión, ciertos tonos y estilos se incorporan en instituciones que tienen entonces un gran poder de efecto social [...] Estos supuestos discutibles frecuentemente están incorporados en instituciones sólidas y prácticas, que entonces enseñan los modelos que las originaron (Williams, 1966, 19-20).

Williams, Stuart Hall y el grupo de investigadores reunidos alrededor del centro fundado en la Universidad de Birmingham para estudiar, no la «comunicación» o menos la «comunicación de masas», sino las «culturas contemporáneas», impulsaron el desarrollo de una visión crítica sobre la comunicación en la sociedad, políticamente orientada por la «nueva izquierda» neomarxista y centrada en el estudio de las «culturas de la clase obrera» y una perspectiva histórica sobre las relaciones entre

cultura e ideología. Esta corriente ha tenido creciente impacto en la teoría y la investigación estadounidense de la comunicación, pero de manera limitada, dado su carácter crítico y, es importante señalarlo, multidisciplinario. Hanno Hardt (1992), historiador de los estudios críticos de la comunicación en Estados Unidos, resume así la visión de Raymond Williams sobre la comunicación:

Williams abordó la complejidad y problematicidad del estudio de la comunicación a través de las prácticas lingüísticas de los individuos hacia las instituciones de medios, sugiriendo que su apertura invitaba al estudio de «cualquier cosa que pueda ser aprendida sobre la base de esa práctica», desde los «procesos del lenguaje» hasta los efectos de «tecnologías particulares». Así, la comunicación cae dentro de la cultura, porque está «concernida con la práctica y con las relaciones entre prácticas» (Hardt, 1992: 181).

Un analista británico de la corriente de los estudios culturales ha sintetizado recientemente los constitutivos de ese proyecto intelectual, contrastándolos con los de la crítica cultural europea (*Kulturkritik*) que lo antecedió y «contra» el cual se propuso. Para Francis Mulhern,

Los estudios culturales han favorecido una expansión radical del campo de la indagación relevante, y una ética estrictamente igualitaria de atención dentro de él. Cualquier forma o práctica de significación es en principio elegible, sin ninguna prejuiciosa prueba de «calidad». Pero estos estudios tienen una misión que no es sólo sociológica o antropológica. El propósito que justifica a los estudios culturales ha sido revocar los privilegios históricos de «la Cultura, con C mayúscula» (el valor soberano de la *Kulturkritik*) y reivindicar los significados y valores activos de la mayoría subordinada (las llamadas «masas») como elementos centrales de un posible orden

alternativo. El «poder» es indisociable del significado, en esta perspectiva, que es así, necesariamente, «política» (Mulhern, 2000: xviii).

Probablemente el aporte fundamental de los estudios culturales, en su vertiente británica, estadounidense o latinoamericana, para los estudios de la comunicación, sea apuntar hacia un marco de interpretación *sociocultural* que, por una parte, reintegra conceptual y metodológicamente la *diversidad* política, cultural y existencial de los *agentes* de la comunicación, y por otra permite *imaginar* las dimensiones de la acción comunicativa en términos *constitutivos* y no sólo *instrumentales* de las prácticas sociales. Una de las propuestas de síntesis de la teoría social contemporánea que facilitan esta reformulación es la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, para quien el término «teoría social» incluye asuntos que conciernen a todas las ciencias sociales, como «la naturaleza de la acción humana y el ente actuante; cómo debe conceptualizarse la interacción y su relación con las instituciones; y la captación de las connotaciones prácticas del análisis social» (Giddens, 1984, xvi-xvii). Esta teoría ha sido incorporada como base del desarrollo de dos de las propuestas teóricas sobre la comunicación y los medios en la sociedad contemporánea que con mayor consistencia parecen avanzar en los últimos años: la *teoría interaccional de los medios de comunicación*, del británico John B. Thompson (1995), y la *semiótica social de la comunicación de masas* del danés Klaus Bruhn Jensen (1995).

La teoría de la estructuración recupera la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. La teoría de Giddens reconoce, mediante la «dualidad de la estructura», que los esquemas interpretativos de los investigadores incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, y relaciona tres grandes «estructuras» institucionales de la sociedad: las de *significación, dominación y legitimación*, con tres modelos de interacción: *la comunicación, el poder y la sanción* respectivamente, a través de las «modalidades» o «mediaciones» de los *esquemas interpretativos, los medios y las normas* (Giddens, 1984).

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre

delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de «conciencia práctica», es decir, «todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva» (Giddens, 1989: 57). Por ello la ciencia social, para Giddens y sus seguidores, tiene tareas *etnográficas* fundamentales, pues puede dar forma discursiva a aspectos del «conocimiento mutuo» que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este «conocimiento mutuo» entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan *sentido* en la práctica. Y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido, mediada por el discurso. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecnológicos o no, «nuevos» o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia *identidad*. Dado también que «las estructuras de significación deben captarse siempre en articulación con la dominación y la legitimación» (Giddens, 1984, 31), el estudio de la comunicación no puede ni desmaterializarla ni deshistorizarla, aislándola de la práctica del poder y de la moralidad:

La comunicación del significado, como los demás aspectos de la contextualidad de la acción, no debe verse meramente como algo que sucede «en» el tiempo-espacio. Los agentes incorporan rutinariamente rasgos temporales y espaciales de los encuentros en los procesos de constitución del significado. La comunicación, como un elemento general de la interacción, es un concepto más inclusivo que el intento comunicativo (o sea, lo que un actor «quiere» decir o hacer). Hay [...] dos formas de reduccionismo que deben evitarse aquí. Algunos filósofos han tratado de derivar teorías generales del significado o de la comunicación de los intentos comunicativos; otros, en contraste, han supuesto que el intento comunicativo es cuando mucho marginal a la constitución de las cualidades significativas de la acción, estando gobernado el «significado» por el ordenamiento estructural de los

sistemas de signos. En la teoría de la estructuración, sin embargo, éstos son considerados como de interés e importancia equivalentes, aspectos de una dualidad más que de un dualismo mutuamente excluyente (Giddens, 1984: 30-31).

Desde esta perspectiva, rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de *significación*, a través de los *esquemas perceptuales e interpretativos* que en cada sector cultural median, y de las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la *información*, es una clave que, además de restituir la *complejidad* de los procesos socioculturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la *agencia* o acción transformadora implícita en las *prácticas de comunicación*; es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, lo que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas de información como a estructuras de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma.

De esta manera, también, desplazando el foco del análisis comunicativo de los medios y los mensajes a los sujetos sociales y los procesos de producción de sentido, puede abordarse el estudio de la comunicación como ejercicio práctico de la *reflexividad* comunicativa, y fundamentarse el diseño de una *metodología comunicacional*, más que de una «teoría de la comunicación», pues antes que un objeto, así fuera relacional, la comunicación es un *modo*.

Articulaciones metodológicas de la comunicación como práctica sociocultural

Una metodología comunicacional como la apuntada tendría muy poco que ver con algoritmos y procedimientos positivistas o con las dimensiones técnicas de las infraestructuras informáticas de base, por lo que supone una ruptura con las concepciones dominantes. En la fundamentación de este concepto se recupera la perspectiva que han adoptado, por ejemplo, la

brasileña Maria Immacolata Vassallo de Lopes (1990) y el estadounidense Robert T. Craig (1989), a partir de la obra de Abraham Kaplan (1964). En palabras de Craig:

Metodología, en su sentido más amplio, es cualquier indagación sobre los métodos; y *método* en el sentido más amplio es cualquier procedimiento ordenado y explícito. [...] La teoría de la comunicación, desde este punto de vista, sería *análoga* a la metodología, pero a un nivel lógico diferente. La teoría de la comunicación sería una «metodología» de la comunicación; se encargaría de los métodos de rango intermedio o «lógicas reconstruidas» de la comunicación que tendrían un estatuto normativo en la medida en que pueda mostrarse que dan cuenta de la mejor práctica comunicativa. La metodología de segundo orden de la *indagación* sobre la comunicación, ocupada de los *métodos* de reconstrucción de las lógicas comunicativas-en-uso, sería por tanto más como la metodología de la metodología misma, y en consecuencia, en algunos aspectos, *distinta* de la metodología de la ciencia natural, porque la ciencia natural pretende sólo describir y explicar su objeto de estudio, no cultivarlo o reconstruirlo (Craig, 1989).

Por tanto, esta perspectiva tendría como referentes la imaginación, la flexibilidad, la solución de las necesidades que pueden trasponer el tiempo y el espacio fijos, la producción de sentido y la ética, como un *saber/hacer* constitutivo y reestructurante de las identidades y de las prácticas socioculturales. Sobre esta línea, pueden apuntarse algunos «goznes» o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente.

El primero de estos «goznes» conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (*observables*) sobre los procesos de comunicación,

es el de la *cotidianeidad*, cuyo «itinerario» intelectual se remonta a la fenomenología y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término «mundo de la vida», con la *acción comunicativa*:

La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción (Habermas, 1989, 171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos «construyen socialmente la realidad» y le dan *sentido* tanto a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las *prácticas sociales* y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la concepción única o predominantemente *instrumental* y no *constitutiva* de la comunicación en la vida social.

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social), representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens en la teoría de la estructuración. El enfoque en este acercamiento está puesto en un sujeto *competente*, que mediante su *conciencia práctica* posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta «conciencia práctica» es extraordinariamente compleja, «complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos» (Giddens, 1993: 281), y en cuyo

estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una *metodología comunicacional*.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, articuladamente, un segundo «gozne» metodológico para la investigación sociocultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las *competencias discursivas*. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de *usos*, no sólo como relación de *lectura* de un mensaje por un sujeto, sino como capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los *sistemas* de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, *socioculturalmente*) articulados (Eco, 1977).

En la terminología de Giddens, los *esquemas interpretativos* «son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación» y son inseparables, como «modalidades» de la estructuración significativa de los medios o *recursos* de dominación y de las *normas* de la legitimación. De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen, como ya se dijo, en la *estructuración* de los sistemas sociales a través de la *institucionalización discursiva, político-económica y legal* (Giddens, 1984: 29-31).

La *agencia* es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor «para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio», pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). «Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida» (Sewell, 1992).

El concepto de *agencia* y las *competencias* que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa permiten sustentar un concepto de *usos* que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación, porque «las transposiciones de

esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia implica una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coacer, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas» (Sewell, 1992: 21).

Con esto queda bien expuesta la necesidad de una tercera articulación o «gozne» metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las *identidades* sociales de los sujetos, en cuanto participantes (*agentes*) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interacciones) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la *subjetividad* y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos *sistémicos o estructurales* (objetivos) y desde la *intersubjetividad* en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de «goznes» como los indicados, será posible, *en la práctica de la investigación*, integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen hasta ahora el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsocio, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. Una propuesta «ejemplar» en este sentido es la generada por John B. Thompson como «marco metodológico de la hermenéutica profunda»:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u «objetivantes». Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido, [...] es posible y deseable mediar el proceso de interpretación

empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la «explicación» y la «interpretación» no deberían ser consideradas, como a veces se hace, como términos mutuamente excluyentes o radicalmente antitéticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un «arco hermenéutico único» (Thompson, 1993, 305-306).

Así, la interpretación profunda «se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula» y «tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones» (Thompson, 1993: 354-356). La *reflexividad* así formulada es, finalmente, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios de la comunicación, como lo es para ésta en cuanto práctica sociocultural.

Hipotéticamente, en este sentido, los *usos comunicativos* de los medios telemáticos, y no sus dimensiones económicas, políticas, estéticas, o propiamente tecnológicas, ofrecen una oportunidad extraordinaria para reformular y replantear ética y conceptualmente los marcos fundamentales para el estudio de la comunicación, de una manera que no fue posible consolidar cuando se extendieron socialmente otros medios, comunicacionalmente mucho más simples, como la radio o la televisión. El reto prioritario para los académicos de la comunicación, en cualquier parte del mundo, al inicio del siglo XXI, podría sintetizarse en consecuencia en avanzar, reflexiva y sistemáticamente, en *producir sentido sobre la producción social de sentido*.

La producción social de sentido y el discurso científico sobre la comunicación

Uno de los investigadores de la comunicación que más ha avanzado en el decenio en la fundamentación teórica y metodológica de los estudios sobre la comunicación en términos socioculturales es el danés Klaus Bruhn Jensen,

quien recurre a la semiótica peirciana y a la teoría de la estructuración de Giddens, principalmente, para elaborar su *Semiótica social de la comunicación de masas* (1995). Para Jensen, la teoría de la estructuración es una «meta-teoría de la sociedad», de la cual rescata la dualidad de la estructura, la reflexividad y la reconfiguración tecnológica e institucional de las sociedades modernas en el tiempo y el espacio (1995, 37), aunque reelabora dos aspectos cruciales para una semiótica social:

Primero, a pesar de su inflexión ampliamente hermenéutica de la teoría social, Giddens presta muy escasa atención concreta, en su propia práctica analítica, a los signos y los marcos interpretativos que median entre la agencia y la estructura. [...] Segundo, la concepción de subjetividad en términos de psicología del yo implica un dualismo de sujetos coherentes y objetos sociales bien definidos que no hace justicia a los rasgos contradictorios de la conciencia, sea discursiva o práctica, en los contextos sociales. La *semiosis* sirve para articular tanto las posiciones subjetivas específicas y los conflictos por medio de los cuales se reforman los sujetos y las sociedades. La sociedad significativa es triádica (Jensen, 1995, 39).

Esta concepción «triádica» de la sociedad permite a Jensen desarrollar una propuesta metodológica de análisis de las mediaciones significativas de las prácticas sociales, de manera que se avance en la comprensión, teórica y empírica, sobre cómo los seres humanos articulan y rearticulan la sociedad «adscribiendo significado a otras personas, a los eventos cotidianos y a las estructuras sociales» (1995: 48). Sobre esta base, Jensen distingue y relaciona la cognición, la comunicación, la interacción y la reflexividad como «formas de acción» social de la *semiosis*.

Mientras que la cognición es entendida de la manera más elemental como la relación de un sujeto con un objeto a través de alguna categoría contextual de comprensión, la semiótica concibe al sujeto que interpreta como un

interpretante cuya orientación hacia el objeto es mediada por un signo, quizá complementado por un segundo sujeto. Es sólo a través de la comunicación, no obstante, que los dos sujetos que interpretan se involucran mutuamente en un proceso social de semiosis con referencia a un objeto común de interés, negociando así el estatuto de diferentes signos para arribar a un cierto grado de intersubjetividad (científica o pública). (Jensen, 1995, 48).

Así, el modelo triádico del signo de Peirce, constituido por la relación entre signo, objeto e interpretante, permite a Jensen fundamentar el estudio empírico de los *discursos*, las *instituciones* y las *prácticas* comunicativas, es decir, lo que otras tradiciones y propuestas distinguen como *medios*, *contextos* y *audiencias* (Jensen, 1995: 63).

Pero el planteamiento de Jensen, además de una teoría de la comunicación como «semiótica de primer orden», elabora también una teoría de la ciencia como «semiótica de segundo orden», que en el plano metodológico se basa en el modelo de la *abducción*. Al final de la obra, en congruencia con el desarrollo del modelo de la «semiosis ilimitada», Jensen aborda la cuestión de «cómo hacer una diferencia social por medio de la comunicación», que remite a la pregunta sobre «cómo finalizar la comunicación».

En tanto que las teorías básicas de la comunicación, como las de Lasswell y Jakobson, abordan las preguntas de quién dice qué, por cuál medio y código, a quién, en qué contexto, y con qué efectos, las teorías normativas de la comunicación cuestionan a quién le es permitido comunicar, sobre qué, con quiénes, por qué medio, hasta qué grado, enfatizando los derechos sobre los resultados. Una teoría pragmatista de la comunicación querría examinar, además, quién participa en transformar la comunicación en acción, en qué sectores e instituciones de la sociedad, con qué bases en la vida cotidiana, por qué forma de consenso acerca de los criterios

y procedimientos, y con qué consecuencias para la estructuración de la sociedad. En la perspectiva de los «derechos comunicativos», estas preguntas reenfatizan una concepción *minimalista* de la comunicación: hacer una diferencia discursiva o interpretativa es una condición habilitante para hacer una diferencia social, que puede asegurar que otros derechos sociales sean ejecutados en la práctica. La comunicación es un medio semiótico para un fin social (Jensen, 1995, 192).

Lejos, entonces, de las concepciones instrumentales de la comunicación, todavía prevalecientes en el plano de las prácticas sociales y de su estudio, el desarrollo de perspectivas socioculturales como las aquí retomadas pueden también satisfacer, a partir de las ciencias sociales y humanas, la necesidad del humanista contemporáneo de superar «la ruptura entre vivir y decir, entre hechos y valores», entre un modelo de sociedad más justa y democrática, y una manera de vivir en ella y de entenderla, promoverla y darle sentido, en el ejercicio de una *metodología comunicacional*.

BIBLIOGRAFÍA

- CAREY, James W.: *Communication as culture. Essays on media and society*. Nueva York: Routledge, 1989.
- CRAIG, Robert T.: «Communication as a practical discipline», en Brenda, Dervin, et al. (eds.): *Rethinking communication: vol. 1. Paradigm Issues*. Sage, 1989.
- Eco, Umberto: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona: Lumen, 1968.
- GIDDENS, Anthony: *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Los Ángeles: University of California Press, 1984.
- «The orthodox consensus and the emerging synthesis». En Brenda, Dervin et al. (eds.): *Rethinking communication, vol. 1: Paradigm Issues*. Sage, 1989, pp. 53-65.
- Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- HABERMAS, Jürgen: *Teoría de la acción comunicativa* (2 vols.). Madrid: Taurus, 1989.
- HARDT, Hanno: *Critical communication studies. Communication, history & theory in America*. Londres: Routledge, 1992.

- JENSEN, Klaus Bruhn: *The social semiotics of mass communication*. Londres: Sage, 1995.
- KAPLAN, Abraham: *The conduct of inquiry: methodology for behavioral science*. San Francisco: Chandler, 1964.
- MULHERN, Francis: *Culture/metaculture*, Londres, Routledge, 2000.
- SEWELL JR., H. William: «A theory of structure. Duality, agency and transformation», en *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm. 1, 1992, pp. 1-29.
- THOMPSON, John B.: *Ideología y cultura moderna*. México: UAM-Xochimilco, 1993.
- The Media and modernity. A social theory of the media*. Stanford University Press, 1995.
- TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI, 1989.
- Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. México: Siglo XXI, 1991.
- VASSALLODELOPES, Maria Immacolata: *Pesquisa em comunicação. Formulação de um modelo metodológico*. São Paulo: Loyola, 1990.
- WILLIAMS, Raymond: *Communications*. Londres: Chatto and Windus, 1966.